

DC.17-18

AUTOR: CRISTINA SÁNCHEZ

UNIVERSIDAD: MÁSTER HISTORIA, ARTE, ARQUITECTURA Y CIUDAD, 2007-2008, FPC

TÍTULO: EL LABERINTO: HABITAR EL SIGNO

PALABRAS CLAVE: BIBLIOTECA DE BABEL - JORGE LUÍS BORGES - SEMIÓTICA - SIGNO - HEIDEGGER - LABERINTO - EXPERIENCIA EMPÍRICA - CIRCULARIDAD - CÓDIGOS - EL PANÓPTICO - GEOMETRÍA EUCLIDIANA - SOCIEDAD DE MASAS - TIEMPO Y ESPACIO - NARRATIVA

IMÁGENES: IMAGEN DE APERTURA, MIES VAN DER ROHE, LAKE SHORE DRIVE, CHICAGO, 1948-1951, DETALLE

NÚMERO DE PÁGINAS: 8

NÚMERO DE CARACTERES CON ESPACIOS: 18.666

SECCION:

04. TALLER LIBRE

ARTICULO:

04/3



EL LABERINTO: HABITAR EL SIGNO

Cristina Sánchez

“El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación, en el medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono, se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería, idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro satisfacer las necesidades finales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a que esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito. La luz procede de unas frutas esféricas que llevan el nombre de lámparas. Hay dos en cada hexágono: transversales. La luz que emiten es insuficiente, incesante.

Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos; ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono en que nací. Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable: mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída, que es infinita. Yo afirmo que la Biblioteca es interminable.”

La Biblioteca de Babel (Ficciones)

JORGE LUIS BORGES

La transposición del presente texto literario al dominio de la semiótica y la arquitectura, entendida como la representación de una forma de pensar, servirá de mecanismo para construir una metáfora que refleja la configuración de nuestra mente. Esto es, una operación para dar sentido a la comprensión, pues por medio de la representación estética interpretamos, e incluso puede llegar a materializarse, el enigma existencial y precisamente la ambigüedad de este enigma, causante de la perplejidad que todo mueve, eliminada por la filosofía al traducir lo sensible a conceptos. El relato de Borges, en sus dos dimensiones: forma y contenido, se vuelve práctica de una búsqueda semiótica, que en última instancia, persigue la realidad del ser.

“En este cuento, y espero en todos mis cuentos, hay una parte intelectual y otra parte —más importante creo— el sentimiento de la soledad, de la angustia, de la inutilidad, del carácter mismo del universo, del tiempo, lo que es más importante: de nosotros mismos, diría de mi mismo.” (Borges. Entrevista con George Charbonnier en 1965).

La indagación respecto a la pregunta por el “ser” del hombre es narrada por alguien que va a morir, única posibilidad compartida por todos los seres y que se plantea como un hecho insuperable que en la sucesión del tiempo que remite a una realidad recurrente. Es por tanto la muerte la realidad permanente que iguala a cada hombre, y el narrador, símbolo que afirma la analogía de los muchos destinos individuales, manifiesta la identidad del yo y el otro como la esencia que sobrevive a la finitud.

“Yo siempre he sido yo; es decir, cuantos dijeron yo durante ese tiempo, no eran otros que yo.”¹

1. Borges, Jorge Luis. *Historia de la Eternidad*. Madrid: Ed. Alianza, 2002.

2.
Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*.
Editorial Trotta, S.A., 2003

El concepto de la esencia de Borges presenta ciertas afinidades con el sistema filosófico heideggeriano, que mediante el término "existencia" se aleja del sujeto tradicional e introduce la relación entre el ser y el tiempo para proyectar su noción de "ser en el mundo" (*In-der-welt-sein*) como "un poder ser" (*Ek-xistenz*) que sobrepasa la realidad simplemente presente en dirección de la posibilidad². El presente ilumina el pasado y el futuro, pues toda comprensión del ser implica una precomprensión del ser. Sin embargo, en *La Biblioteca de Babel*, cuyo título podría sustituirse por 'mundo caótico', está implícita la idea de estar perdido en el universo, es decir, de no comprenderlo. La verdad, que Heidegger hace circular de forma hermenéutica, es inaccesible para los bibliotecarios, que en el devenir del tiempo, a través de su historia, han postulado infinitas respuestas consistentes en efectos particulares sensibles que producen la realidad.

*"El único efecto que tienen las cosas reales es el de causar la creencia, puesto que todas las sensaciones que excitan emergen en la conciencia bajo la forma de creencias. La cuestión, pues, es cómo distinguir la verdadera creencia (o creencia en lo real) de la falsa creencia (o creencia en la ficción)."*³

3.
Peirce, Charles Sanders. *El hombre, un signo: (el pragmatismo de Peirce)*.
Barcelona: Crítica, 1988.

Peirce plantea que la arbitrariedad de las creencias humanas coloca el concepto de "realidad" respecto un interpretante futuro de quien depende su significado, el carácter del cual se presenta al pensamiento como signo (pues son las propiedades signícas potenciales, cualidades y hechos, que en su relación podemos traducir una respuesta efectiva, es decir, un hábito de respuesta, que es la expresión de un significado implícito). Por consiguiente, no hay realidad fuera de la interpretación ni capacidad de pensar sin signos. Desde esta perspectiva semiótica, donde la realidad es algo que se da a partir de un código, éste es, una interpretación, como respuesta a un estímulo (un signo), no hay independencia de los términos; un signo no puede interpretar sino otro signo.

La instancia del signo como interpretante, es el problema existencial que subyace en el cuento, y se manifiesta en la creación de un símbolo literario que proyecta lo individual sobre un plano más amplio como representación de la semiosis que todo envuelve (el símbolo es una realidad inmediata que encuentra una cifra genérica que lo explica). Ficcionaliza este mundo de representaciones, que transpuesto al código textual, un sistema de palabras, por tanto de signos, comunica su propia ficción como la única forma de percibirlo. Esta operación lingüística es un simulacro que funciona como tal: sólo podemos resolver los enigmas forjados por la inteligencia humana, la cual, en su categoría de signo, no difiere sustancialmente de la palabra. La pertenencia a un sistema sintáctico implica un valor por la ocupación de un lugar en el sistema, pero esta cualidad material y su aplicación demostrativa o denotativa poseen una realidad distinta del significado. La realidad que el autor nos descubre adquiere significado para el pensamiento cuando la estructura diagramática del lenguaje presenta semejanza con relaciones de estructura signíca, y puesto que estos iconos, que nos permiten hacernos imágenes de las cosas, son interpretaciones; efectivamente, la maquinación lanza sentidos aleatorios.

Esta es la tragedia revelada mediante la creación del símbolo de la Biblioteca, pero la perple-

alidad que provoca la existencia de estas líneas radica en las implicaciones que conlleva la transposición del problema semiótico a un artefacto arquitectónico.

El universo es representado por la Biblioteca, que representa una estructura ordenada, con salas geométricamente invariables y repetidas hasta el infinito. La descripción sugiere la existencia de una inteligencia superior que haya creado tal estructura de acuerdo con un plan coherente, no obstante, en su contenido aparece el caos.

*"A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro de cuatrocientas diez páginas; cada página de cuarenta renglones, cada renglón, de unas ochenta letras de color negro."*⁴

Son precisamente estas letras de los libros de la Biblioteca, que traducen el mundo de las experiencias, signos perfectamente reconocibles que se repiten infinitamente, pero en su ordenamiento remiten a palabras desconocidas para los hombres que resultan impenetrables a toda conjetura. La infinitud potencial de la gramática es por tanto característica real del universo, esto significa una estructura clara de la que nunca se sale. Lo que la obra borgeana sugiere como realidad es una construcción mental que se manifiesta en la estructura del laberinto, la cual determina nuestra percepción de las cosas; la realidad coincide con el modo de percibir las. Y la construcción literaria del laberinto constituye la forma para pensar el impensable infinito, que a su vez es la manera humana de construirlo. La estructura laberíntica de la Biblioteca consiste, entonces, en la repetición infinita de los signos que contienen los libros, esto implica una constante remisión entre los signos, creando así un efecto de circularidad (todo está en todo) responsable de la incapacidad de los bibliotecarios para descubrir la interpretación existencial válida. Es la forma circular, donde lo periódico puede darse dentro de lo ilimitado, la imagen implícita en el texto que estructura la realidad de la Biblioteca que ostenta ciertos rasgos de regularidad y orden aparente que encubre el caos más absoluto: caos que nos atormenta con su orden aparente.

Esta concepción cíclica de la realidad (afin a la idea nietzscheana del "Eterno Retorno") implica un transcurso de tiempo y espacio también de carácter cíclico:

*"Ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono en que nací."*⁵

De este modo, el narrador nos presenta la forma cerrada de su historia, pero resulta que ligada a los ciclos semejantes de la totalidad de entes iguales (los bibliotecarios, léase también, los mortales) la temporalidad entonces es refutada a favor de la eternidad donde la vida se revela como una repetición de hechos semejantes. Esto afirma que cualquier instante contiene íntegramente la historia y posiblemente un individuo encarna toda la historia de la humanidad.

"No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total: ruego a los dioses ignorados que un hombre -juno solo, aunque sea, hace miles de años!- lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado,

4.
Borges, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*. Emecé, 2000.

5.
Borges, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*. Emecé, 2000.

6.
Borges, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*. Emecé, 2000.

pero que un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique."⁶

A través del bibliotecario, el "sujeto" del laberinto: símbolo del individuo respecto a la especie, Borges nos describe nuestra visión del laberinto bajo la forma de la búsqueda de una explicación del enigma existencial: "un libro total". Puesto que pensar significa crear las cosas, producirlas y decodificarlas, la interpretación necesita del hilo de Ariadna, es decir, de la solución (posible en el laberinto cretense con una iconografía unicursal) para evitar perdernos dentro de la construcción mental. Se sugiere aquí que el bibliotecario impone a los sucesos la noción de una sola línea como reflejo del deseo instintivo del hombre de imponer un significado último; se sospecha que la vida es un laberinto pero éste, como representación de una forma de pensar, lo concebimos como un corredor cuya forma permite alargar un recorrido que de todos modos conducirá a un centro. Siendo el lenguaje la memoria que ayuda a encerrar el mundo en nuestras construcciones mentales, el universo y el tiempo se interpretan metafóricamente como libro (en la Biblioteca, cada libro se interpola en todos los otros) y escritura, respectivamente, y el sin sentido de la existencia humana se materializa en las palabras formadas por las letras inconexas de los libros. Así, forma y contenido mantienen la estrecha relación significativa.

La conclusión del cuento es una pseudo solución que nos plantea el autor:

*"(...) digo que no es ilógico pensar que el mundo es infinito. Quienes lo juzgan ilimitado, postulan que en lugares remotos los corredores y escaleras y hexágonos pueden inconcebiblemente cesar —lo cual es absurdo—. Quienes lo imaginan sin límites, olvidan que los tiene el número posible de libros. Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: La Biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza."*⁷

7.
Borges, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*. Emecé, 2000.

La Biblioteca misma encierra la idea de circularidad. Nos descubre que el "sujeto" del laberinto está atrapado por un destino circular que le lleva a una búsqueda circular y por tanto inútil; es una regresión infinita que disuelve todo lo que parece dar significado a la vida. El laberinto borgeano es siempre incomprensible y cíclico, esto es, sin centro y sin otra salida que la muerte. La impresión falaz de la Biblioteca de esconder un designo que, conocido, permite llegar al centro y luego salir, correspondía con la visión metafísica del punto de vista panorámico: posición capaz de contemplar el todo pues parte de la existencia de un espacio fuera del espacio, y un tiempo fuera del tiempo, en el cual se sitúa Dios y no es accesible a la experiencia. Esta percepción de la realidad abstraída por nuestras categorías mentales significa que pensamos el laberinto desde afuera y arriba; estamos en la abstracción de la geometría euclídea que producirá orden (superficial) para encerrar el alma respecto al mundo caótico: tentativa humana de imponer un orden inteligible a la vida supone crear un laberinto en torno nuestro. Las implicaciones en la práctica de la arquitectura que conlleva la abstracción entendida como la realidad misma, son presentes en la tragedia contemporánea. Nuestros artefactos geométricos y homogéneos, que expresan su carácter universal mediante los métodos productivos de la industria, nos llevan a un racionalismo estético mudo frente a la significación, pues supone el final de

la particularidad o singularidad. *La Biblioteca de Babel* es una metáfora fácilmente reconocible de la vida metropolitana y su sociedad de masas, que sigue un inevitable proceso de despersonalización al igual que los veinte anaqueles de cada hexágono a pesar de su contenido diferente.

Borges, en cambio, propone descender del mundo de las abstracciones y aproximarnos al de las experiencias concretas cotidianas, esto es, pensar el laberinto desde adentro, el lugar de la acción y del "sujeto", que es invitado a dicha acción mediante su recorrido interno, el cual según las características ya definidas del laberinto borgeano, es potencialmente infinito; no hay territorio exterior; no hay nada fuera de la interpretación. No se puede salir del laberinto porque siempre estará contenido por otro, ya que una ficción sólo puede crear ficciones; el engaste laberíntico de ficciones dentro de ficciones, insinúa que la realidad, en cierto modo, se somete a los dictados de la imaginación. Según Borges "*la vida es apariencia verdadera*."⁸

Dicho recorrido implica un transcurso de tiempo y espacio, y por lo tanto, implica una narrativa. Esto supone un espacio no construido, que es lo mismo que un espacio mental, por tanto, una imagen que nos lleva a una forma espacial, y en su forma, a un espacio arquitectónico. Tenemos entonces, que el espacio no construido, el espacio que podemos recorrer y por el cual la vida transcurre en su ausencia, es el que significa y le da valor a la arquitectura.

Llegados aquí, se entiende que la apropiación del discurso literario supone una lectura semiótica que incorpora la noción espacial al hecho arquitectónico. Habrá un espacio mental, abierto por los signos de la mente, que crea un mundo porque si la realidad se nos da a través de las relaciones signícas (estímulos que dan respuestas a partir de un código), el espacio será aquello que los signos producen: una interpretación. Todo código, necesario para la existencia de las relaciones signícas, es una producción lingüística, estructura que puede ser comunicada a través de los signos, gracias a la memoria. Por ello, todo espacio instaurado es un espacio de la memoria; un espacio abierto por la lengua.

La arquitectura del espacio, entonces, tiene que ver con el fenómeno de la escritura: espacio ideal donde los signos inscritos vehículan y representan el contenido. La Biblioteca, por consiguiente, aparece como una metáfora sintética en que el espacio "real" encierra los espacios ideales. Representa la alianza entre lo no-ficticio y lo ficticio: es el lugar donde se puede dar la grieta, a través de la cual percibimos el mundo y el espíritu se hace auto consciente, que semióticamente significa saber distinguir el significante y el significado.⁹

*"Nosotros (la indivisa divinidad que opera en nosotros) hemos soñado el mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso."*¹⁰

Transferir el laberinto al arte visual y a la literatura mediante la imagen de la Biblioteca acaso nos ilumina sobre el fetichismo de la realidad metropolitana que consiste en considerar el signo material como lo significado; se ha impuesto la sintaxis como pauta lingüística de las modas, y no como forma de la significación, que es reflejada en la formalización fisiológica de la metrô-

8. Borges, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*. Emecé, 2000.

9. Lobo, Ferran. "Semiótica del Arte I" (Clases del seminario dentro del programa del doctorado en composición 2006).

10. Borges, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*. Emecé, 2000.

polis. En el habitar de ésta, pues, se ha obviado el espacio de la significación y de la memoria.

Un punto y a parte nos conduciría al nihilismo provocado por el divorcio entre signo e imagen (cuando el signo deviene en mera calculabilidad y la imagen en pura representación no podemos explicarnos la realidad), seguramente reflejado en la evolución de nuestra metáfora sintética, que repercute en la verdadera tarea de la arquitectura: la habitabilidad.

Aquí queda constatada la opción.

BIBLIOGRAFÍA

BORGES, Jorge Luis. *Historia de la Eternidad*, Madrid: Ed. Alianza, 2002.

BORGES, Jorge Luis. *La Biblioteca de Babel*, Emecé, 2000.

HEIDEGGER, Martin. *Ser y tiempo*, Chile: Editorial Universitaria, 1998.

LOBO, Ferran. "Semiótica del Arte I" (Clases del seminario dentro del programa del doctorado en composición 2006). PEIRCE, Charles Sanders. *El hombre, un signo: (el pragmatismo de Peirce)*. Barcelona: Critica, 1988.

PEIRCE, Charles Sanders. *Obra lógico-semiótica*. Edición de Armando Sercovich. Madrid: Taurus, 1987.

PEIRCE, Charles Sanders (1931-1958) *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*. C. Harsthorne y P. - Weiss, Harvard University Press, 8 vol. La primera cifra indica el volumen, la segunda el párrafo. Cit. Verón, Nubiola, Apel.